



**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
AL PRESIDENTE DEL CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA
CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DEL 750° ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE DANTE ALIGHIERI**

Al Venerado Hermano
Cardenal Gianfranco Ravasi
Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura

Con motivo de la solemne celebración del 750° aniversario del nacimiento del sumo poeta Dante Alighieri, que se lleva a cabo en el Senado de la República Italiana, deseo dirigirle a Usted y a cuantos participarán de la conmemoración dantesca mi saludo cordial y amistoso. En particular lo dirijo al Presidente de la República Italiana, Sergio Mattarella, al Presidente del Senado, Pietro Grasso, a quien envío mis felicitaciones por esta significativa iniciativa, al Ministro Dario Franceschini; y lo extendiendo a todas las Autoridades presentes, a los Parlamentarios, a la Sociedad Dante Alighieri, a los estudiosos de Dante, a los artistas y a cuantos con su presencia desean honrar una de las figuras más ilustres no sólo del pueblo italiano, sino de la humanidad entera.

Con este mensaje quisiera unirme al coro de cuantos consideran a Dante Alighieri un artista de altísimo valor universal, que tiene aún mucho que decir y que donar, a través de sus obras inmortales, a cuantos están deseosos de recorrer la vía de la verdadera conciencia, del auténtico descubrimiento de sí, del mundo, del sentido profundo y trascendente de la existencia.

Muchos de mis Predecesores han querido solemnizar los aniversarios dantescos con documentos de grande importancia, en los que la figura de Dante Alighieri se proponía precisamente por su actualidad y por su grandeza no sólo artística, sino también teológica y cultural.

Benedicto XV dedicó al sumo poeta, con motivo del VI Centenario de la muerte, la Encíclica *In praeclara summorum* fechada el 30 de abril de 1921. Con ella el Papa pretendía afirmar y evidenciar “la íntima unión de Dante con la Cátedra de Pedro”. Admirando “la prodigiosa vastedad y agudeza de su ingenio”, el Pontífice invitaba a “reconocer que muy poderoso impulso de inspiración sacó de la fe divina”, y a considerar la importancia de una adecuada y no reductiva lectura de la obra de Dante sobre todo en la formación escolástica y universitaria.

El beato Pablo VI, después, tuvo particularmente en el corazón la figura y obra de Dante, a quien dedicó, en la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II, exactamente hace cincuenta años, la bellísima Carta Apostólica *Altissimi cantus*, en la que indicaba, con

gran sensibilidad y profundidad, las líneas fundamentales y siempre vivas de la obra dantesca. Pablo VI afirmaba claramente: “El fin de la *Comedia* es primeramente práctico y transformante. No se propone ser sólo poéticamente bella y moralmente buena, sino en gran manera cambiar radicalmente al hombre y llevarlo del desorden a la sabiduría, del pecado a la santidad, de la miseria a la felicidad, de la terrible contemplación del infierno a la beatífica del paraíso” (n.17). Citaba, después, el paso significativo de la carta del poeta a Can Grande de la Scala: “El fin del todo y de la parte es quitar del estado de miseria a los vivientes en esta vida y conducirlos al estado de felicidad” (n.17).

También san Juan Pablo II y Benedicto XVI se han referido a las obras del sumo poeta y lo citaron varias ocasiones. Y en mi primer Encíclica, *Lumen Fidei*, escogí también recabar materiales de ese inmenso patrimonio de imágenes, de símbolos, de valores constituido por la obra dantesca. Para describir la luz de la fe, luz que hemos de redescubrir y recuperar para que ilumine toda la existencia humana, me he basado precisamente en las sugestivas palabras del poeta, que la representa como “chispa, / que se convierte en una llama cada vez más ardiente / y centellea en mí, cual estrella en el cielo” (n.4; cfr. Paraíso XXIV, 145-147).

En la vigilia del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, que se abrirá el próximo 8 de diciembre, a cincuenta años de la conclusión del Concilio Vaticano II, deseo vivamente que la celebración del 750° aniversario del nacimiento de Dante, como las que se preparan para el VII centenario de su muerte en 2021, puedan hacer que la figura de Alighieri y su obra sean nuevamente comprendidas y valoradas, para acompañarnos en nuestro camino personal y comunitario. La *Comedia* puede ser leída, en efecto, como un gran itinerario, más aún, como una verdadera peregrinación, personal e interior o comunitario, eclesial, social e histórico. Esa obra representa el paradigma de todo viaje auténtico en el que la humanidad es llamada a dejar lo que Dante define “la era que nos hace tan feroces” (Paraíso XXII, 151) para llegar a una nueva condición, marcada por la armonía, por la paz, por la felicidad. Es este el horizonte de todo auténtico humanismo.

Dante, es, por tanto, profeta de esperanza, anunciador de la posibilidad del rescate, de la liberación, del cambio profundo de todo hombre y mujer, de toda la humanidad. Él nos invita una vez más a reencontrar el sentido perdido u ofuscado de nuestro recorrido humano y a esperar revisar el horizonte luminoso en que brilla en plenitud la dignidad de la persona humana. Honrando a Dante Alighieri, como nos invitaba a hacerlo Pablo VI, podremos enriquecernos con su experiencia para cruzar las muchas selvas oscuras aún diseminadas por nuestra tierra y cumplir felizmente nuestra peregrinación en la historia, para llegar a la meta soñada y deseada de cada hombre: el amor “que mueve el sol y las estrellas” (Paraíso XXXIII, 145).

Vaticano, 4 de mayo de 2015

Francisco